

EL PARQUE CULTURAL DEL RÍO MARTÍN, LA SACRALIZACIÓN DE UN TERRITORIO EN TORNO AL AGUA

JOSÉ ROYO LASARTE

DIRECTOR DEL PARQUE CULTURAL DEL RÍO MARTÍN

El hombre, desde tiempos prehistóricos, ha buscado dominar la naturaleza, adaptarla a sus necesidades y deseos y dar cabida a sus creencias y ritos, encomendándose a las fuerzas sobrenaturales que gobiernan los mundos, buscando en éstas remedio para los males que amenazan a la comunidad, sanar enfermedades, intervenir o desencadenar las lluvias y provocar la fecundidad de la tierra y los ganados, facilitar la buena caza, curar los animales, obtener remedios de plantas medicinales...

Y ahí están los lugares propicios para ello, los Santuarios naturales, lugares de culto sacralizados desde tiempos prehistóricos, definidos por una serie de características culturales y ambientales determinadas.

La expresión gráfica de las ideas del hombre prehistórico encontrará su máximo exponente en el arte rupestre y sacralizará

por medio de pinturas y grabados una serie de abrigos rupestres donde los cazadores recolectores acudirán de diferentes comarcas, prolongados por agricultores y pastores, habitantes de aldeas y enriquecidos con la incorporación posterior de metalúrgicos de la Edad del bronce. Muchos abrigos contienen pinturas de diferentes épocas y periodos prehistóricos, que postulan una ocupación durante milenios en un claro fenómeno de sacralización de lugares. Estamos hablando de unos santuarios naturales o lugares de reunión religiosa, civil o ritual que probablemente reunían a gentes de diferentes comarcas que acudirían a estas zonas sacralizadas o seleccionadas previamente para este tipo de concentraciones sociales y religiosas.

Las pinturas representarán diosas sentadas o entronizadas, danzas rituales, orantes ante figuras astrales, figuras

antropomorfas con cabeza de ciervo o toros, brujos o chamanes... Un mundo ritual que tendrá su continuación hasta la actualidad, primero a través del arte clásico propio de las influencias de los colonizadores mediterráneos a partir de la Edad del Hierro hasta conectar con los tiempos romanos. Después el cristianismo, que penetrará en la península a través del mundo romano, cuyo máximo desarrollo en la zona lo encontraremos a través del rito Mariano, las apariciones de la Virgen a personas sencillas a partir del siglo XIII se repetirán con suma coincidencia: milagros sanadores, luces, presencias y apariciones marianas en cuevas o sobre árboles o arbustos. Tras buscarse un lugar digno para depositar la imagen milagrosa, ésta siempre volverá al mismo lugar y emplazamiento de la primera aparición, donde por fin se le erigirá una ermita.

Y en todos estos aspectos de sacralización, un elemento común y diferenciador, el agua siempre salutífera, germinativa y revitalizadora, fuente de vida y prosperidad de una comunidad, de un pueblo, de la vida humana en sí.

Estamos pues y en consecuencia, ante una delimitación clara de un entorno geográfico, geológico y natural que engloba y donde se desarrollarían un determinado conjunto de factores sociales, religiosos, culturales, económicos...; no hablamos de medios distintos, sino de un entorno único que se define por un marco espacial y por una dimensión temporal donde coinciden o se dan una serie de características culturales y ambientales determinadas.

El Parque Cultural del río Martín plantea un modelo de actuación tomando como base una consideración histórica y humanística de los bienes culturales y atendiendo a la integración del patrimonio

cultural en el medio natural donde se ha desarrollado su existencia y en el que el arte rupestre ha sido y es estímulo inicial y elemento común a la par que diferenciador de otros espacios, al delimitar esta zona sacralizada desde tiempos prehistóricos como Parque.

Así encontramos una serie de agrupaciones de abrigos con arte rupestre declarados recientemente Patrimonio de la Humanidad que sacralizan el territorio y cuya sacralización ha perdurado hasta la actualidad: el barranco del Mortero en Alacón, flanqueado por los manantiales de la Ermita de San Miguel. Las pinturas de la Tía Chula en Oliete, con manantiales que brotan de la Sierra de Sanchoabarca y la Ermita de la Virgen del Cantal a menos de 500 metros. Las agrupaciones de pinturas de Alcaine y Obón, con los manantiales de Las Fuentes de la montaña de Benicozar, de la Pinarosa y de Fuente Carod en su entorno y en el camino del Santuario del Olivar, o la Ermita de San Miguel en Obón. Los grabados de Peñarroyas en Montalbán y la Ermita de Santa Quiteria, junto a los manantiales en los Pozos Bolletes.

Pero por su cercanía y relación con los manantiales de los baños será el grupo de abrigos pintados de los Chaparros y Estrechos de Albalate, el que más nos atañe, delimitando el inicio y final de un encañonamiento del río que se hace angosto y abrupto, y los cañones son cazadero inmejorable para los cazadores-recolectores. Flanquean la agrupación y garantizan la ocupación del entorno los manantiales de los Baños de Ariño que proporcionarán agua aún en épocas de sequía, que sin duda se sucedieron de un modo importante en la zona, alternando con periodos húmedos, en épocas prehistóricas. Conviene citar la cueva de los grabados donde comienzan los encañonamientos, repleta

de cruces de cristianización, datando la más antigua del siglo xv, como indica una fecha incisa en la pared rocosa junto a una cruz globulada.

Junto a los manantiales se localizó recientemente un yacimiento arqueológico datado en el epipaleolítico y que ya garantiza su uso desde hace 8.000 años como mínimo. Y el Santuario de la Virgen de Arcos cercano a ellos, donde la Virgen se apareció a un pastorcillo y seleccionó para su veneración el promontorio rocoso de la margen izquierda del río Martín al amparo de la Sierra regada por el río Martín, revitalizado por las surgencias que nos ocupan y que le garantizan a partir de este punto un caudal permanente y purificador. A la Ermita, como en tiempos prehistóricos, acuden en romería gentes de los pueblos vecinos, de la comarcas aledañas y aún de zonas lejanas, que año tras año, repiten el rito de acudir al Santuario a solicitar la intervención divina de la Virgen en los asuntos humanos (salud, prosperidad y amor), a la par que es punto de reunión social entre vecinos, amigos y familiares.

Sin duda alguna, un lugar que nuestros antepasados sacralizaron en torno a esta agua y ya acudieron a realizar imprecisas ceremonias de adoración a las fuerzas impalpables que gobiernan los mundos, sanadoras sin lugar a dudas, de petición de lluvia que fecunde la tierra, de buena caza..., en definitiva, fecundidad, salud y fuerza.

Y si a este entorno el hombre le confirió un carácter sagrado desde tiempos prehistóricos, buscando su relación con lo divino y sobrenatural, es por tanto venerable y, cómo no, complemento perfecto para las terapias curativas, sanadoras, y por lo menos relajantes y de búsqueda del bienestar. Cierto, a lo sagrado se le presenta siempre como algo "insólito" y de

atracción. Qué menos entonces que buscar en este paisaje la admiración por su singularidad, selección sacralizada y cultural desde que el hombre seleccionó estos contornos.

Y hallaremos vestigios de diferentes culturas, que nos permitirán saborear la obra de nuestros antepasados en referencia con las gentes que hoy pueblan el entorno de los Baños en pleno corazón del Parque Cultural: desde las pinturas rupestres a poblados ibéricos como el del Palomar, ejemplo de la arquitectura agrícola residencial cuya construcción se data en el siglo 111 a. C., o el del Cabezo de San Pedro, de la misma época, que, sobre un abrupto y altanero cortado rocoso, es observable desde Ariño y controla todavía majestuoso, recordando su pasado, los accesos por el Valle del río Martín hacia el interior, considerándose uno de los ejemplos más significativos de la arquitectura militar y defensiva de las poblaciones indígenas ibéricas -los sedetanos para esta zona-, y cuya destrucción se data con motivo de la presencia de Roma en la zona y las guerras sertorianas entre el 70-72 a.C. En la actualidad se le otorga el privilegio a una de sus torres de ser la más antigua que se conserva en la comunidad autónoma aragonesa.

Continuaremos con enterramientos de épocas visigodas, ejemplo del asentamiento también de esta cultura por estos contornos -y de la que se conocen escasísimos restos en la provincia de Teruel- como la necrópolis de tumbas antropomorfas excavadas en la roca en Albalate datadas en el siglo VI, y probablemente a este periodo haya que atribuir la construcción de la pequeña necrópolis de la Sierra de Arcos en Ariño -a un par de kilómetros de los manantiales-. Seguiremos con fortificaciones árabes, templos, iglesias monumentales, ermitas y castillos y

recogeremos leyendas y costumbres sabiamente conjugadas, a lo largo de los años, en equilibrio con la naturaleza. Todo nos recordará, en los pueblos del Parque Cultural, un pasado cargado de historia, que encontraron en torno a ese bien preciado que es el agua del Valle del Martín protección, abrigo y sustento.

La intrincada geología nos mostrará gran diversidad de materiales, desde hace 300 millones de años -los más antiguos del periodo carbonífero-, que unido a la variedad climática y la acción erosiva y antrópica terminarán por configurar y esculpir un cica-tero paisaje que hoy se traduce en singulares y espectaculares cañones y barrancos y también en suaves laderas y vegas producti-

vas. Anticlinales y sinclinales, montañas y depresiones, bosque y estepas, torrentes y cascadas, todo cabe en el parque Cultural del río Martín, que lo ofrece con la condición de una visita sin prisas y sin el clásico trasiego y tensiones actuales.

El silencio sobrecogedor en que nos envuelven los cañones y que rompen el murmullo relajante de las aguas del río Martín, el trinar de un pajarillo o la susurrante sombra de una gran rapaz sobrevolando nuestra insignificante humanidad hacen del Parque Cultural del río Martín el entorno apropiado para las terapias de curación y relajación que se ofrecerán en un futuro en el Balneario de los manantiales de los Baños de Ariño.